

# LOS GITANOS

Por SEGUNDO  
PASCUAL TOLEDO

No sé qué tienen los gitanos. Pero su problemática nos interesa a todos con calor de pasión. Cuando su nombre es escrito por alguien en letras de molde, es como el clarinazo que invita a opinar. ¿Por qué tantos los defienden? Parece como si esta raza ejerciera un misterioso poder seductor sobre nosotros. Tal vez se deba a la fuerza bravia de su sangre, al influjo de su nato gracejo. Poetas como García Lorca han dedicado a los mismos lo mejor de su producción literaria. Yo diría que los versos lorquianos han idealizado el mundo de lo gitanesco transformándolo en un mito poético: "Por el olivar venían —bronce y sueño— los gitanos".

Pero al margen de la literatura, los gitanos tienen una realidad existencial. Están ahí. Se los puede ver con su singular pintoresquismo por todas partes. Unas veces bajo los puentes tejiendo mimbre y caña, otras en la ciudad con aire de grandes señores. El rasgo más distintivo de su personalidad ha sido siempre el nomadismo. Una fuerza irresistible los ha lanzado siempre a la aventura. La localización geográfica no tiene sentido para ellos. Solamente el poder de la sangre los liga entre sí. Esta vida errabunda con techo de sol y luna los ha esculpido en estatuas de bronce: morenos, duros, tenaces. Las hembras gitanas, con su cuerpo de sierpe y ojos pasionales, se visten de colorines y desprecian la minifalda. Sus largos pendientes armonizan con su tipo cimbreño. Su moral femenina se concreta principalmente en dos puntos invariables: virginidad en la soltera y fidelidad conyugal en la casada. Rara vez contravienen estos preceptos. Por temor al varón o por virtud suelen ser honestas. El gitano puro no

consiente el devaneo amoroso de sus mujeres. Son muy severos tantos con ellas como con sus seductores. Su vida íntima es un torrente de pasión, de amor, de celos. Por un simple guiño la faca puede flamear en el aire. La decisión de ver el "interior" de su rival, no la meditan... Son defensores gallardos del honor mancillado. Casi todas las riñas entre gitanos tienen el mismo origen: los celos. ¡Cuántas veces las cañas se han trocado en lanzas!

Las gentes de esta raza de hombres pequeños hacen gala de una imaginación vivaz. El carácter suyo es alegre, irónico, lleno de furia desenfrenada. En su rostro se aprecia una mezcla de humor, amargura, de fatal desengaño. El arte de fingir lo poseen como nadie. Su voz está matizada por un inconfundible tono lastimero. Y su psicología es enrevesada como su propia vida. Su interior es impenetrable. En algunos se dan condiciones especiales para la música, el canto, la danza. El culto a la magia es consustancial en ellos por una cierta tendencia atávica. Su habilidad para engañar ha hecho que la quiromancia o adivinación por las rayas de las manos sea una de sus ocupaciones favoritas. Cuando en nuestra sociedad tenían eco todavía las prácticas supersticiosas, era también la suerte de las cartas, juntamente con la confección de canastos, la esquila y otros medios menos lícitos, casi su único modo de buscarse la vida. Su picaresca comprende una amplia casuística.

Más todo observador con mentalidad libre de prejuicios ha de convenir en que el panorama social y económico del gitano de hoy es muy distinto al de ayer. También para estos hombres ha llegado la hora de la redención social. Ya apenas si se ven en largas caravanas de miseria recorriendo en constante peregrinar nuestros polvorientos caminos. Su vida está haciéndose más sedentaria y hogareña. Los puentes, las alcantarillas, la intemperie, viviendas suyas desde que en 1447 llegaron a nuestra piel de toro, las han abandonado definitivamente para residir en cómo-

das casas de igual forma que el resto de los españoles. El merodeo como medio de subsistencia está siendo reemplazado por la laboriosidad dentro de una vida ordenada y más útil tanto para ellos como para la sociedad. Acatan las leyes civiles como cualquier otro ciudadano, y estas mismas leyes los protegen a ellos sin ningún género de distinciones. Los beneficios sociales, los centros educativos, religiosos, sanitarios y asistenciales, llegan hasta ellos en igualdad de condiciones que a los indígenas. Este hecho es tan evidente que no necesita demostración. La objetividad exige que se proclame así. Expresarse de otro modo es querer tergiversar las cosas. Por esta razón hablar de discriminación es, no sólo injusto, sino al mismo tiempo revelador de un desconocimiento supino de la realidad. No obstante, hay que admitir que un reducido porcentaje de gitanos siguen prefiriendo la vida bohemia y marginada socialmente impulsados acaso por un cierto fatalismo de raza. Pero ello no significa en modo alguno que exista un determinismo circunstancial impuesto por el país donde habitan, capaz de llevarlos a tal género de existencia. Libres son de organizarse privadamente como lo somos los demás.

¿Y qué decir de la favorable predisposición de nuestros hombres y mujeres a mezclar su sangre con la de ellos? Muchos gitanos hay enlazados matrimonialmente con castellanas de abolengo, y viceversa. En el árbol genealógico de muchas familias españolas existen apellidos reveladores de su origen. Esto nadie lo tiene a desdoro. ¿No está probado históricamente que nuestro pueblo es fusión de razas diversas? En pocas cosas hemos sido tan ejemplares como en esta de la fusión y de la convivencia. Nuestra sangre se ha aglutinado muchas veces con la de otros. Y el arte de convivir es proverbial en los españoles. Ahí está la historia para demostrarlo.

Cupón de Ciegos  
Número premiado  
485